

Homenaje al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez

El 7 de julio de 2004, la Universidad de Los Andes, la ciudad de Mérida, la región andina y Venezuela entera, se conmovió con la dolorosa noticia de la muerte del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, quien fue Rector de la Universidad de Los Andes por más de dos décadas, y bajo su gestión impulsó el nacimiento de la moderna Universidad de Los Andes, lo cual le ganó la designación de "Rector Magnífico". Además, desempeñó, entre otros cargos, el de Concejal del Distrito Libertador de Mérida, Presidente de la Federación Médica Venezolana, Ministro de Sanidad y Embajador de Venezuela en Rumania. El Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, insigne venezolano, se distinguió por su condición de hombre ilustre, su gran valor humano, solidaridad y sensibilidad social.

Por los entrañables lazos de amistad que por años unieron al P. José del Rey Fajardo sj., con el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, correspondió, al acreditado historiador jesuita, pronunciar la Oración Fúnebre, el 9 de julio, día del sepelio, documento que "PROCESOS HISTÓRICOS", compartiendo el dolor que aflige a la comunidad universitaria, se honra en publicar.

La amistad entre el Doctor Pedro Rincón Gutiérrez y el P. José del Rey Fajardo, data de 1958 cuando el primero era nombrado Rector de la ULA y el segundo ejercía su magisterio en el Colegio San José de la ciudad de Mérida.

Desde posiciones ideológicas distintas lucharon con ahínco por renovar la universidad venezolana en muy diversos foros pero, sobre todo, en el Consejo Nacional de Universidades. Trataron de formular un ideal universitario nacional donde la ciencia, la investigación, los valores humanos, y el compromiso social pudieran tener de plataforma la autonomía universitaria tanto en el sector público como en el privado

Oración fúnebre pronunciada en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes por el Dr. Padre. José del Rey Fajardo.

Quisiera comenzar estas palabras con la certidumbre y la esperanza con que las redactó Pablo de Tarso: "He competido en noble lucha, he alcanzado la meta, me he mantenido fiel a la fe. Sólo me resta la merecida corona con la que el Señor, justo juez, me premiará el último día".

Pienso que, a su manera, también el Doctor Pedro Rincón Gutiérrez ha manifestado a Dios, de corazón, esta misma plegaria. Sin tiempo para mirar hacia atrás para no convertirse en estatua de sal y habitante de los suburbios de la marginación y del olvido, destino común de los hombres grandes, y como centinela de un heroísmo silencioso y garante de destinos cruzados, ha solicitado del Padre celestial la corona que le merecen sus audacias, sus visiones y sus desvelos.

Así se ha presentado ante el Dios de sus padres, ante el Dios de su fe, ante el Dios a quien invocó como Padre desde que aprendió a hablar, que es el mismo Dios del amor.

El doctor Pedro Rincón Gutiérrez, es el rostro y voz de la Universidad democrática venezolana.

El itinerario de su peregrinación por la Educación Superior no ha sido una aventura solitaria sino una invitación permanente a la comunión, y, en verso de San Juan de la Cruz, "sin otra luz y guía sino la que en su corazón ardía".

Todo visionario es un ser dialéctico y lejos de reflejar el mundo lo resiste y lo contradice. A un sueño no se le puede escribir un prólogo; un sueño es demasiado íntimo para convertirse en un género público.

Pero los que comparten el sueño tampoco pueden escribir un epílogo porque su sueño puede convertirse en realidad.

Aunque la necesidad de modernizar es el ensueño de todas las épocas, la utopía se define como una creación humana -imaginación de otros tiempos e invención de otros espacios- con voluntad constructora de futuro que apela a la razón y a la mano del hombre. Con sus debidas matizaciones, Ruyer la ha sintetizado en la siguiente frase: "Se trata del hombre que juega a ser dios, no del hombre que sueña en un mundo divino".

Las fuerzas irracionales nunca doblegaron su sensibilidad cristiana en su lucha contra el sufrimiento y la humillación del hombre pues intuyó que toda historia verdadera es historia de la caducidad, y, sólo la decadencia permite mantener el recuerdo de la trascendencia. De esta forma conjuró el retorno del falso mesías ya que la verdadera historia no da la espalda a ningún dolor humano y la posthistoria puede ser un intento por recuperar todas las historias humanas que la modernidad nos ha arrebatado.

El Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, supo darle a estos espacios ulenses el misticismo de la poesía y la alegría de la utopía. Su palabra fue siempre una síntesis de finitud e infinitud y su prédica que no se es hombre por las riquezas, por los honores o el poder, sino por el amor, en lo más sencillo y humilde, de la más débil existencia humana. Y cuando se pierde lo fundamental el hombre se falsifica a si mismo y abandona la dimensión de la humildad y la humanidad de lo divino. Por eso, la mística no es ciencia especulativa sino ciencia de amor y la función del contemplativo consiste en iluminar y en actuar pues el verdadero amor nunca puede estar ocioso.

Las demencias ideológicas y políticas nunca lograron hacerlo prisionero de la industria de las conciencias, no sólo porque la prohibición de hacer imágenes a los absolutos le recuerda las sangrantes heridas en las espaldas sobre las que se han construido los futuros, sino además por su convencimiento de que la fuerza destruye la vida y la intimidad.

Cuando escuchamos que las campanas doblan a muerto, una especie de rebelión sartriana se precipita a nuestros labios: pareciera que el ser humano fuese un absurdo, porque, por un lado, lleva dentro de si una grandeza, unos deseos de felicidad y perpetuidad, tan hondamente aprisionados en su identidad que semeja una torre inmune a toda acechancia; y por otro lado, ese prometeo interior lo convierte en cenizas de muerte en el momento más inesperado. Y ello nos obliga a pensar con Vallejo: ¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!.

Y cuando la fe en Dios y en la patria prometida se oscurece viene la quiebra de los argumentos de la razón trágicamente descritos por el poeta:

Nada queda de todo, todo es nada.
No se puede sentir la realidad
Sino en los sueños. Tanto viaje humano
Hasta el fondo del alma para verse
Después de tanta huella igual que antes.

O como Blas de Otero:

¡Busqué, busqué. Mis manos sangran niebla!.

Para algunos poetas pareciera que estamos condenados a volver a la vida con la muerte al hombro. Mas, sin lugar a dudas, el alma sólo se marchita cuando el amor la entrega.

Cuando existe verdadero amor, los recuerdos se niegan a caminar entre las ráfagas del tiempo y del olvido ya que nunca acaban de pasar porque siguen siendo un proyecto de sueño en libertad, pues el amor consigue que el eco de los pasos que se alejan no erosionan la cordillera de los años.

Como creyentes, nos negamos a aceptar que morir sea terminar lo que somos, completar nuestro modo de ser vivos, ser silencio del suelo o palabra que fue dicha.

Por el contrario, la vida está tejida de sagradas memorias y de sagrados olvidos. Una memoria que es raíz permanente y un olvido que es también condición para el crecimiento propio y para crear el futuro.

La muerte de los padres significa que ha desaparecido la primera línea en la batalla de la vida y que los demás somos enviados a la frontera de la responsabilidad adquirida. Ellos sostenían la vida en cuanto que ésta es contenido de verdad y de sentido, responsabilidad, memoria acumulada y protectora, finalidad responsable.

Con su presencia estas realidades estaban a buen recaudo porque vivían desde ellas y para ellas. Muertos ellos ¿estamos dispuestos a portarlas y a otorgarles realidad identificándonos con ellas?.

Por ello, hoy es un día en que las memorias deben engendrar esperanzas; las promesas deben invitar a fidelidades y los presentimientos deben sostener las esperas.

La eternidad ha abierto para el doctor Pedro Rincón Gutiérrez las rutas divinas para dejar atrás su historia humana. Para los que quedamos en este valle de lágrimas es importante mirar hacia atrás en compañía de Dios pues nada de lo que ha sucedido está perdido, porque el Señor recoge, de nuevo, con nosotros, el pasado que nos pertenece.

Conocemos las muertes ajenas, el dolor de la separación, y sentimos que los fallecidos nos abandonan y se van. Y sin darnos cuenta dejamos que Dios se vaya también con ellos, pero El se queda fuera de la muerte, a la espera.

El doctor Pedro Rincón Gutiérrez no es una isla flotante en el mar de los muertos que jamás alcanzan las orillas de la felicidad. El ha besado los labios de la inmortalidad y ha superado los silencios sin orillas y las sombras que se desdoblán en tantas paredes sin nombre.

Se va el alma pero nos deja el cuerpo. Se va el ser, mas queda su esencia. Se apagó su vida mientras perdura su sonrisa y su mirada. Queda el amor de toda su existencia.

El legado de don Pedro Rincón Gutiérrez no puede ser otro que el del peregrino: la esperanza en la patria póstuma. En su vida -hecha de sed y dolor- vivió el convencimiento de que los caminos del cielo reciben huellas nuevas más allá del horizonte de nuestros recuerdos.

Sus enseñanzas nos recordarán la necesidad del pan de cada día, el azul de cada sueño; que donde germinaba la semilla desde hoy crecerá una cruz y un recuerdo para que el agua de nuestras montañas sepa a ilusión y a remordimiento.

Como padre les recordará a los suyos que los troncos no deben cansarse de sus raíces. Que las palabras vacías no convencen. Que nunca transiten las laderas inhóspitas del recuerdo. Que no pacten con la frialdad de andar por el mundo sin huellas.

Como Rector supo amar de modo posible lo imposible, o desear de modo finito lo infinito. Cada amanecer animará a los que somos hijos de esta grandiosa Casa de Estudios a luchar contra la cultura de la desilusión y el desaliento mediante el reencuentro con esa región del alma familiar más endurecida donde crecen todas las resistencias, pues, en definitiva, la virtud fabrica la integridad del hombre.

Como venezolano nos interpelará para que entendamos que la palabra es la clave para poder entender la verdad y la fidelidad de todo encuentro válido con Dios. Pues la palabra de la misma manera que la podemos convertir en el mejor lugar para el engaño y la traición e incluso para levantar las peores barricadas para la comunicación de los humanos, también es verdad que puede y debe convertirse en la revelación que despierte los grandes retos y sueños e incluso en la resurrección de los ideales y las promesas perdidos.

Y como arquetipo de los hombres que instituyeron la universidad democrática quisiera apelar a la serena prosa ática del historiador Tucídides, severo escrutador del devenir humano, quien pone en boca de Pericles las siguientes palabras:

La tierra entera es el sepulcro de los hombres grandes. Lo que los distingue, en su patria, no son solamente las inscripciones funerarias cinceladas en piedra; sino que, a falta de epitafios, su recuerdo persiste más en la memoria de los pueblos lejanos que en sus propios monumentos.

Y para poder glosarla en prosa moderna recorro a la traducción de un gran humanista merideño: los hombres excepcionales son reconocibles porque su conducta interpreta los profundos intereses de sus pueblos y de la humanidad toda, al mismo tiempo que interviene poderosamente en las circunstancias inmediatas. Por ello, no quedan enterrados en sus tumbas, sino sembrados en toda la tierra. Su existencia habita sin señalización en cada uno, como presencia innominada más cercana a su corazón que a sus actos.

Todavía más, la intuición de Pericles subraya que el carisma de los hombres creadores los torna insensibles a cualquier contaminación de la identidad de los pueblos a los que sirven, a la vez que su porfiada intuición -como quien regresa del futuro hacia el pasado recogiendo historia- instaura el rito del recuerdo y del retorno.

Y deseo concluir con los versos de un humilde poeta andino:

El doctor Pedro Rincón Gutiérrez
ha alcanzado la tierra prometida como hombre de paz
ya en posesión perfecta de su fe y de su amor
de su buscada eternidad serena
de sus pies sin caminos
y de sus manos altas de perdón.